

*Una República anacrónica,  
una derecha reaccionaria y un fascismo  
incipiente: España en los informes  
diplomáticos italianos, 1931-1936<sup>1</sup>*

Juan Avilés Farré

UNED

Fecha de aceptación definitiva: 8 de febrero de 2017

**Resumen:** Este ensayo analiza la percepción que de los asuntos españoles tuvieron los embajadores y encargados de negocios italianos ante la República española. Sus informes ofrecían una visión sesgada por el prejuicio de que una República parlamentaria representaba un anacronismo y por un sentido de la superioridad italiana, reforzado por los supuestos éxitos del fascismo, pero no por ello carecen de interés. Aquellos diplomáticos eran observadores atentos y bien relacionados con los ámbitos de la derecha española, cuyas debilidades percibían bien, y por ello su testimonio resulta valioso, sobre todo acerca de los orígenes del fascismo español.

*Palabras clave:* Segunda República española, Fascismo, Diplomacia italiana.

**Abstract:** This essay analyses the perception of Spanish affairs by the Italian ambassadors and charges d'affaires to the Spanish Republic. Their reports offered a biased view due to their prejudice against the anachronism of a parliamentary republic and by their Italian sense of superiority, increased by the supposed successes of fascism, but they do not lack of interest for that reason. They were good observers and had good connexions with Spanish right-wing circles, whose weaknesses they knew well, and therefore their testimony is reliable, especially on the origins of Spanish fascism.

*Key words:* Spanish Second Republic, Fascism, Italian diplomacy.

<sup>1</sup> El presente trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación del Plan Nacional I+D+I del Ministerio de Economía y Competitividad, "España en la crisis del sistema liberal: una perspectiva externa, 1917-1936", Ref. HAR2012-31460, 2012-2015, y cuyo investigador principal es el profesor Hipólito de la Torre.

La República española tuvo casi desde el primer momento en Benito Mussolini a un enemigo exterior, dispuesto a apoyar la subversión interna. El dictador italiano vio en las tensiones que dificultaban la consolidación de aquella democracia naciente una oportunidad de intervención, orientada no tanto a la promoción exterior del modelo fascista, pues quienes recibieron su ayuda eran conservadores autoritarios sólo superficialmente *fascistizados*, como a la instauración en España de un régimen vinculado a Roma y hostil a París. No es por ello sorprendente que el gran estudio de Ismael Saz sobre las relaciones hispano-italianas entre 1931 y 1936, publicado hace ya treinta años, lleve por título *Mussolini contra la II República*<sup>2</sup>.

Este ensayo se propone examinar la documentación diplomática italiana con un propósito distinto, el de analizar la percepción que de los asuntos españoles tuvieron los sucesivos embajadores y encargados de negocios italianos de aquellos años. La suya era sin duda una visión sesgada por el prejuicio de que una República parlamentaria representaba un anacronismo en la Europa de los años treinta y por un sentido de la superioridad italiana, reforzado por los supuestos éxitos del fascismo. No por ello carecen de interés los informes que enviaban a Roma los representantes de la Italia fascista, entre los que destacó Raffaele Guariglia, un diplomático de talento y de sólida formación. Eran observadores atentos y bien relacionados con los ámbitos de la derecha española, cuyas debilidades percibían bien y por ello su testimonio resulta valioso, si no para una interpretación general del fracaso de la primera democracia española, tema sobre el que está lejos de existir un consenso historiográfico<sup>3</sup>, al menos acerca de los orígenes del fascismo español, que por motivos obvios siguieron con especial interés<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> SAZ, I.: *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención, 1931-1936*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.

<sup>3</sup> Una selección de los estudios generales sobre la Segunda República, escritos desde perspectivas diversas, debería al menos incluir: PAYNE, S.: *La primera democracia española*, Barcelona, Paidós, 1995; GIL PECHARROMÁN, J.: *Historia de la Segunda República española, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002; RANZATO, G.: *El eclipse de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 2006; CASANOVA, J.: *República y guerra civil, Historia de España*, vol. 8, Crítica y Marcial Pons, 2007; ÁLVAREZ TARDÍO, M. y REY, F. (eds.): *El laberinto republicano: la democracia española y sus enemigos, 1931-1936*, Madrid, RBA Libros, 2012 y GONZÁLEZ CALLEJA, E., COBO ROMERO, F., MARTÍNEZ RUS, A. y SÁNCHEZ PÉREZ, F.: *La Segunda República*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015. Véase un análisis historiográfico en AVILÉS, J.: "Ensayo bibliográfico: un cuarto de siglo en la historiografía política sobre la Segunda República", *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 51 (2015).

<sup>4</sup> Acerca del debate historiográfico sobre el fascismo español véanse SAZ, I.: "Paradoja de la historia, paradojas de la historiografía: las peripecias del fascismo español", *Hispania*, 207 (2001); SANZ HOYA, J.: "Falangismo y dictadura: una revisión de la historiografía sobre el fascismo español", en M. A. Ruiz Carnicer (coord.), *Falange: las culturas políticas en la España de Franco, 1936-1975*, Zaragoza, CSIC, 2013. Una revisión reciente de la inmensa bibliografía sobre el fascismo europeo en su conjunto: ALEGRE, D. y ALONSO, M.: "Métodos, fuentes y retos para el estudio del fascismo en Europa: algunas consideraciones", *Spagna Contemporanea*, 48 (2015).

### *El embajador Durini di Monza y el cambio de régimen*

Ercole Durini di Monza, nacido en 1876, patricio milanés y conde de Monza, diplomático por tanto al viejo estilo aristocrático, asumió la embajada en Madrid el 29 de enero de 1931, muy poco antes de que cayera la monarquía española. Según su sucesor, el embajador Guariglia, Durini se tomó la caída de la monarquía casi como una ofensa personal y tuvo relaciones muy poco cordiales con las nuevas personalidades republicanas, a las que trataba muy poco y no escondía su antipatía<sup>5</sup>.

Durini atribuyó el advenimiento de la República a sucesivos errores de Alfonso XIII y de los monárquicos. El primero lo había cometido el Rey al nombrar en enero de 1930 al general Berenguer, un hombre vacío y pagado de sí mismo, y al haberlo mantenido al frente del gobierno durante más de un año. España se había pronunciado mayoritariamente contra la monarquía al tener la neta sensación de que retornaban los desacreditados procedimientos políticos previos a la Dictadura. Alfonso XIII había comenzado a perder popularidad cuando demostró que no tenía bastante tenacidad para seguir apoyando al Dictador ni bastante valor para sustituirlo. Su tradicional tendencia a intervenir en la vida política, no siempre de manera oportuna, e incluso la capacidad que se le reconocía para lograr soluciones de compromiso en situaciones difíciles, habían terminado por perjudicarlo, porque casi todos lo consideraban ya como un obstáculo al libre desarrollo de la política nacional. En cuanto al conde de Romanones, había sido el gran liquidador de la monarquía al impulsar una fórmula de prestidigitador. Era un personaje de Molière, un Tayllerand de tamaño reducido, que creía que las elecciones se podían hacer como antaño, sobre todo las municipales, en las que las presiones locales eran más fuertes. Cuando comprendió que estaba perdida la partida aconsejó al Rey que saliera de España y se convirtió así en el padrino de la República<sup>6</sup>.

La proclamación de la República no fue bien recibida en Roma. El ministro de Asuntos exteriores Dino Grandi, un fascista de la primera hora, anotó en su diario el mismo 14 de abril unas reflexiones guiadas por la revalidad franco-italiana: “La República en España supone probablemente la alianza con Francia, el vasallaje de París (...) quiere decir para Italia la pérdida de la guerra en el Mediterráneo antes de combatir”. Ello no implicaba un deseo de que la República fracasara, pues el 26 de abril anotó: “Una España fuerte, cualquiera que sea su régimen interno, tiene más posibilidades de resistir mejor a Francia<sup>7</sup>”. Por su parte, Mussolini se mostró muy despectivo en unas anotaciones realizadas el 21 de mayo: “Hacer una

<sup>5</sup> GUARIGLIA, R.: *Ricordi, 1922-1946*, Nápoles, Edizioni scientifiche italiane, 1950, p. 200.

<sup>6</sup> Archivio Storico Diplomatico, Ministero degli Affari Esteri, Roma, Affari Politici 1931-1945, Spagna, 1 (en adelante ASD, 1), Durini, 15-4-1931, 576/314. Sobre la caída de la monarquía véase: BEN AMI, S.: *Los orígenes de la Segunda República española*, Madrid, Alianza Editorial, 1978.

<sup>7</sup> Citado en SAZ, I.: *Mussolini...*, pp. 32-34.

República parlamentaria hoy, significa emplear el petróleo en tiempos de la luz eléctrica<sup>8</sup>”.

La República pareció consolidarse con las elecciones a Cortes Constituyentes del 28 de junio, en las que, observó Durini, los monárquicos habían renunciado a dar la batalla “en parte por falta absoluta de organización, en parte por miedo a provocar peores males para el país, en parte por un tácito reconocimiento de su inferioridad numérica y de la falta de adhesión espiritual por parte de las masas”. Las elecciones se habían desarrollado con “relativa tranquilidad” (con trece muertos y unos cincuenta heridos), el bloque republicano-socialista había obtenido un gran triunfo y cabía excluir cualquier posibilidad de restauración monárquica. Destacaba la figura de Alejandro Lerroux, un republicano “al que los años y las peripecias de la vida habían calmado” y que se había convertido en el favorito de millones de españoles de todas las tendencias, que deseaban sobre todo una República ordenada. Sin embargo Lerroux no tenía escaños suficientes para gobernar y tenía que contar con la rivalidad de los socialistas, que amenazaba ya con comprometer la estabilización del régimen. Y en Cataluña el gran triunfador había sido Francesc Macià, “un energúmeno al que los años y las peripecias de la vida han exaltado y exasperado<sup>9</sup>”.

Un año después Durini trazaba un balance matizado de la situación española en que junto a la consolidación de la República destacaba la perturbación social. No veía entusiasmo en la población; el proyecto de estatuto de Cataluña, que en su opinión creaba “un verdadero Estado independiente”, había de inscribirse en el pasivo del régimen; lo mismo que la grave perturbación social, manifestada en huelgas, tumultos, incendios y choques sangrientos entre los revoltosos y la fuerza pública. Sin embargo la República se había consolidado, sus gobiernos habían abordado problemas nacionales gravísimos y el entonces jefe de gobierno Manuel Azaña había demostrado poseer cualidades poco comunes. Alfonso XIII no gozaba de ninguna simpatía, su descendencia no ofrecía garantía y el retorno de la monarquía parecía utópico. Entre las masas agitadas por la propaganda subversiva, que amenazaban por poner en cuestión todos los valores morales y materiales de la nación, y las clases conservadoras que se apartaban de la vida política, “heridas, quizá sin necesidad en sus bienes y en sus ideales (propiedad y religión)”, se hallaba un centro dividido entre radicales y socialistas, cuya discordia generaba inquietud e incertidumbre<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> MUSSOLINI, B.: “Aforismi”, en M. Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo: Franco, Mussolini y la Guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 33-38.

<sup>9</sup> ASD, 1, Durini, 1-7-1931, 1071/599.

<sup>10</sup> ASD, 1, Durini, 14-4-1932, 692/340. Sobre Azaña y la izquierda republicana véanse: EGIDO, Á.: *Manuel Azaña, entre el mito y la leyenda*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1998; JULIÁ, S.: *Vida y tiempo de Manuel Azaña*, Madrid, Taurus, 2008; AVILÉS, J.: *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, Comunidad de Madrid, 2006.

El 10 de agosto de 1932 la República sufrió su primer ataque serio con la sublevación del general Sanjurjo, que en opinión de Durini se había llevado a cabo con una “inconcebible ligereza”. Ya unos meses atrás, el embajador había tenido noticias de la conspiración militar a través de uno de los principales implicados, el general Barrera, a quien él se limitó a escuchar, llegando a la conclusión de que, aun tomando con las debidas reservas las afirmaciones de Barrera, no había duda de que la conspiración militar avanzaba<sup>11</sup>. De hecho, a los conspiradores se les ofreció ayuda italiana, pero como es obvio no fue a través de la embajada. Su impulsor fue el ministro del Aire Italo Balbo, una de las personalidades más relevantes del fascismo, quien se lo explicó antes de su partida hacia España al nuevo embajador Raffaele Guariglia, que a finales de agosto sustituyó a Durini. Balbo, que tenía buenos amigos entre los militares españoles, fue contactado por emisarios enviados a Italia que obtuvieron su promesa de recibir un importante cargamento de armas tras producirse la insurrección. Según la información que Balbo dio a Guariglia, el cargamento partió efectivamente y aunque no llegó a ser desembarcado, por el prematuro fracaso de la intentona, noticias de ello llegaron al gobierno de Azaña, lo que amenazaba con deteriorar las relaciones entre ambos países<sup>12</sup>. La gestión con Balbo la ha narrado también uno de los emisarios españoles, Juan Antonio Ansaldo, oficial de aviación retirado en disconformidad con la República y activo conspirador, quien sin embargo sostuvo que los jefes del movimiento consideraron innecesario emplear las armas enviadas por Italia, una versión bastante menos verosímil que la referida por Guariglia<sup>13</sup>.

El juicio de Durini fue que a la sedición militar del 10 de agosto le habían faltado organización, espíritu combativo y decisión. Los sediciosos se habían replegado ante la mínima resistencia, mientras que el Gobierno había reaccionado de manera rápida y enérgica. El episodio revelaba un profundo malestar, pero el embajador suponía que iba a reforzar al régimen, porque llevaría a apretar filas en su defensa a las diversas facciones republicanas y socialistas<sup>14</sup>. En particular, representaría una oportunidad para Azaña, hacia quien no ocultaba cierta admiración:

El presidente Azaña que nunca ha demostrado, en la práctica, muchos escrúpulos constitucionales, y que ya ha dado prueba –hay que reconocerlo– de ductilidad y al mismo tiempo de un carácter tenaz, reflexivo y enérgico, no dejará de aprovechar las favorables condiciones que le ha ofrecido un movimiento irreflexivo, prematuro y pésimamente organizado, para purgar toda la administración de elementos no fiables y proseguir con más vigor su política de izquierda y de consolidación del régimen<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> ASD, 3, Durini, 24-2-1932, 388/1191.

<sup>12</sup> GUARIGLIA, R.: *Ricordi...*, pp. 188-189.

<sup>13</sup> ANSALDO, J. A.: *Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III*, Buenos Aires, Ekin, 1951, pp. 31-35.

<sup>14</sup> ASD, 3, Durini, 12-8-1932, 1470/743.

<sup>15</sup> ASD, 3, Durini, 19-8-1932, 1508/771.

### *La República española en los informes del embajador Guariglia*

Es posible que el afianzamiento de Azaña en el poder tras el fracaso de Sanjurjo contribuyera a la sustitución de Durini por un embajador más hábil, capaz de contribuir a una mejora de las relaciones entre ambos países, que para Italia era importante por motivos estratégicos que estaban por encima de las diferencias ideológicas. Raffaele Guariglia asumió la embajada a finales de agosto de 1933 y su misión fue un éxito porque, como ha observado Ismael Saz, fue tan hábil en conseguir un buen ambiente en la relación con las autoridades republicanas como en multiplicar los contactos con los enemigos de la República<sup>16</sup>. En realidad era un diplomático de primer orden, que en 1919, con treinta años, se había incorporado a los servicios centrales del ministerio de Asuntos exteriores, en los que pronto destacó y en el contexto de la notable continuidad de la política exterior italiana entre el período liberal y el fascista, se convirtió en uno de los principales colaboradores del subsecretario y luego ministro de Asuntos exteriores Dino Grandi. En palabras de un estudioso italiano, era un conservador que había hecho suya una concepción del fascismo como modelo válido para un país como España, en fase de modernización y sometido a fuertes tensiones sociales<sup>17</sup>.

En sus memorias, Guariglia ha narrado su entrevista con Mussolini, en vísperas de su partida hacia España. El Jefe del gobierno, que acababa de asumir personalmente la cartera de Asuntos exteriores, no le mencionó el apoyo prestado por Balbo a la reciente rebelión de Sanjurjo, que él mismo debía haber autorizado, y se limitó a decirle que era necesario mejorar las relaciones con la República española, porque “ésta mostraba una enérgica voluntad de vivir y no dudaba en emplear los medios más enérgicos para aplastar a sus enemigos”. A Mussolini le había admirado la energía de Azaña en enfrentarse a la rebelión del 10 de agosto y le encargó a Guariglia que se lo hiciera saber<sup>18</sup>. Estas recomendaciones verbales se completaron con unas instrucciones escritas de las que reproduciremos los párrafos principales, muy reveladores de la opinión que acerca de España tenía el caudillo del fascismo:

La actual situación en España, tras el completo fracaso del tentativo realizado por el general Sanjurjo, parece estacionaria, en el sentido de que los elementos de oposición al Gobierno han demostrado escasa fuerza de cohesión y necesitarán más tiempo para reorganizarse y volver al ataque, que se ha vuelto más difícil por la ausencia del Jefe que parecía mejor, el propio Sanjurjo.

La línea de conducta que debe seguir el Real Embajador en Madrid debería por tanto en el momento presente seguir fundándose en el mantenimiento de buenas relaciones con el Gobierno republicano.

<sup>16</sup> SAZ, I.: *Mussolini...*, p. 42.

<sup>17</sup> MOSCATI, R.: “Raffaele Guariglia e la sua ambasciata a Madrid (1932-1934)”, *Clio*, 9 (1973), pp. 69-71. Véase también GRASSI ORSINI, F.: “Guariglia, Raffaele”, en *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. (2003).

<sup>18</sup> GUARIGLIA, R.: *Ricordi...*, p. 190.

La principal razón por la que conviene que nuestra representación diplomática siga manteniendo buenas relaciones con el Gobierno republicano consiste en la necesidad de evitar que éste, sintiéndose aislado (dado también el absentismo inglés), se eche todavía más en brazos de Francia.

Convendrá que se haga notar continuamente al Gobierno español que la diferencia de régimen entre Italia y España no implica para nada una divergencia de intereses, sobre todo en política exterior. (...)

Pero, aparte de ello, deberá ser tarea principal de la representación diplomática fascista, desarrollar al máximo los contactos entre España e Italia con el fin de desarrollar una atmósfera de *comprensión* del fascismo, de sus bases políticas y económicas y de sus fines, que ahora casi no existe. La España actual tiene muchos puntos de semejanza con lo que era Italia antes de 1922, pero mientras que entre nosotros las características de la raza y la guerra habían hecho que se desarrollaran los gérmenes de la recuperación junto a los de la descomposición, en España no se ha superado todavía la atmósfera de 1848 y casi diría de la Ilustración francesa. (...)

La representación diplomática fascista en España deberá hacer de todo para que allí se atenúen y posiblemente se eliminen las preconcepciones, los juicios y los errores que la actual mentalidad española nutre contra el fascismo, instigada por el Gran Oriente de París, por las varias Internacionales y por el bolchevismo ruso, una tarea que no es fácil, cómo bastaría para demostrarlo la actual prensa española que quizá sea la peor del mundo en su actitud hacia el fascismo<sup>19</sup>.

Guariglia, que se atuvo fielmente a estas instrucciones, no tardó en observar “la sincera y profunda admiración” que los políticos republicanos sentían hacia la cultura francesa, asimilada a través de sus estudios juveniles, sus frecuentes viajes a París, su forzado exilio en algunos casos, y “a través de sus relaciones masónicas”. Dada esa francofilia, la visita del jefe del gobierno francés Edouard Herriot en octubre de 1932 generó infundados temores acerca de un acuerdo para el paso por el territorio español, en caso de guerra, de tropas africanas de Francia. Sin embargo Guariglia no se llamó a engaño acerca de la posibilidad de un acuerdo semejante, que generaría protestas en España, donde no creía que hubiera desaparecido el fondo de fiereza y dignidad antaño tan característico del pueblo español. En su opinión el objetivo fundamental del Gobierno de Madrid había de ser el reforzamiento del régimen republicano y para ello le convenía la amistad de Francia, pero también la de otras naciones, y la política de defensa de Azaña iba encaminada a asegurar en caso de conflicto la soberanía de España frente a presiones extranjeras<sup>20</sup>.

El embajador italiano admitía que España necesitaba profundas reformas sociales, pero ponía en cuestión la política del gobierno de Azaña, en el que la parti-

<sup>19</sup> Citado en GUARIGLIA, R.: *Ricordi...*, pp. 193-195. Sobre la política exterior de la República véase EGIDO.

<sup>20</sup> Guariglia, 2-11-1932, 1971/1035, reproducido en GUARIGLIA, R.: *Primipassi in diplomazia e rapporto idall'Ambasciata di Madrid, 1932-1934*, edición de R. Moscati, Nápoles, Edizioni scientifiche italiane, 1972, pp. 196-204.

cipación socialista había contribuido al agravar el estado de turbación económica y social del país. Según Guariglia:

Quizá se hubieran proporcionado menores pretextos para la crítica y el ataque tanto a las derechas como a las izquierdas extremas una república que se hubiera mantenido en un terreno menos demagógico y hubiese mostrado menos prisa en proclamar (no digo poner en práctica) un conjunto de reformas sociales que lesionan vastos intereses. En efecto tales reformas, aunque teóricamente parecen necesarias en un país cuya estructura social está todavía lejos de semejarse a la de la mayor parte de los países modernos, suscitan la oposición tanto de los de los que auspician el mantenimiento de las formas antiguas, cuanto la de aquellos que quisieran modificarlas en un sentido más extremista. Por eso hoy la continua sucesión de conflictos sociales, el aumento del desempleo y de la miseria, el rechazo de la clase emprendedora contra una política de aumento de los salarios en plena crisis económica, las amenazas contra la propiedad, el malestar de los dados de empleo, pueden ponerse en la cuenta de las responsabilidades indirectas del socialismo español hacia la joven república en medida mayor que en la cuenta de los otros partidos<sup>21</sup>.

Sin embargo, su opinión acerca de los partidos de derecha que más estaban en auge en aquellos momentos, es decir los católicos de Acción Popular y los tradicionalistas, no era tampoco halagüeña. Sus doctrinarios sostenían que toda la civilización moderna era un fracaso y que para los pueblos hispánicos no había otra solución que volver a los valores de los siglos XVI y XVII, sin preocuparse de los grandes problemas económicos y sociales del presente<sup>22</sup>. Muchísimos monárquicos y conservadores no podían comprender que la Santa Sede no hubiera condenado a la República y que el nuncio se tragara con la sonrisa en los labios medidas amargas, con tal de evitar la ruptura y salvaguardar para el futuro los intereses supremos de la Iglesia. En cuanto a la laicización de la enseñanza, Guariglia temía que la precipitación con que se estaba impulsando tuviera consecuencias negativas, pero consideraba que lo que ocurría representaba una inevitable reacción a la excesiva penetración clerical en la vida de la nación<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> GUARIGLIA, 13-1-1933, 130/78, en *Primi passi...*, pp. 238-240. Sobre el PSOE véanse MACARRO VERA, J. M.: *Socialismo, República y revolución en Andalucía, 1931-1936*, Universidad de Sevilla, 2000; FUENTES, J. F.: *Largo Caballero, el Lenin español*, Madrid, Síntesis, 2005 y AROSTEGUI, J.: *Francisco Largo Caballero: una biografía*, Madrid, Debate, 2013.

<sup>22</sup> GUARIGLIA, 13-1-1933, 130/78, en *Primi passi...*, pp. 141-142.

<sup>23</sup> GUARIGLIA, 10-2-1933, 371/231, en *Primi passi...*, pp. 258-260. Sobre las derechas véanse MONTERO, J. R.: La CEDA: *el catolicismo social y político en la II República*, 1977; GIL PECHARROMÁN, J.: *Conservadores subversivos: la derecha autoritaria alfoncina, 1913-1936*, Madrid, Eudema, 1994 y José Antonio Primo de Rivera: *retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996; GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española: teología política y nacionalismo autoritario en España, 1913-1936*, Madrid, Tecnos, 1998; RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000; BULLÓN DE MENDOZA, A.: *José Calvo Sotelo*, 2004 y GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios; radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.



Uno de los viajes en que mejor acogida tuvo el embajador italiano fue el realizado en febrero de 1933 a Barcelona, donde el presidente Macià y las autoridades catalanas quisieron dar a su visita un carácter de especial solemnidad y cordialidad, lo que Guariglia atribuyó a su deseo de afirmar su individualidad y también de demostrar que, a pesar del reciente alzamiento anarquista, Cataluña funcionaba con normalidad. Además de la buena acogida oficial, observó que Barcelona, el gran centro industrial y financiero de España, era también el lugar en que mayor era la simpatía de “la gente de buen sentido” hacia Italia y su duce. Por otra parte Macià gozaba de una gran popularidad como personificación del ideal autonomista catalán. En cuanto al recién aprobado estatuto catalán, no creía que de por sí fuera a alejar a Cataluña del Estado español, todo dependería de cómo se aplicara y sobre todo de las condiciones generales del Estado español, pues si éste se consolidaba, el estatuto catalán podría reforzar más que debilitar la vida nacional. En todo caso, Italia debería buscar amistades en la región española más vecina a ella históricamente y en la que antes esperaba que crecieran las corrientes de simpatía hacia el fascismo<sup>24</sup>.

También quedó satisfecho el embajador de la acogida cordial que tuvo por parte de Azaña y otras autoridades en ocasión del viaje que realizó en junio de 1933 a Mérida, donde se representaba la *Medea* de Séneca, lo que le dio ocasión de exaltar los valores de la civilización romana, que debían inspirar las relaciones entre la nueva Italia y la nueva España. Azaña se mostró de acuerdo y auspició que sobre la base de ese antiguo legado común España e Italia tuvieran las mejores relaciones. En su fuero interno, sin embargo, Guariglia apenas confiaba en la posibilidad de que ese llamamiento a los valores romanos pudiera ser eficaz y en su informe a Mussolini expresó una visión muy negativa de la España de entonces, caracterizada según él por las pésimas peculiaridades del moderno carácter español, la baja demagogia dominante y el oscurantismo y las mezquinas pasiones políticas de los elementos de orden que contra aquella luchaban<sup>25</sup>.

Cuando Azaña dimitió de la jefatura de Gobierno en septiembre de 1933, el juicio que ofreció de él Guariglia fue negativo: en un primer momento había suscitado grandes esperanzas entre los republicanos como el único político con las cualidades necesarias para reforzar el régimen, pero para mantenerse en el poder se había ligado tanto a los socialistas que se había convertido prácticamente en su esclavo. Por otra parte, Alejandro Lerroux, el líder del republicanismo moderado, no le inspiraba confianza alguna, pues le consideraba “un parlamentario de baja estofa, rodeado de elementos todavía peores que él, es decir de ese *radicalismo*,

<sup>24</sup> GUARIGLIA, 5-2-1933, 327/202, en *Primi passi...*, pp. 248-254. . Sobre Macià y la Izquierda véase CULLA I CLARÀ, J.B.: *Esquerra Republicana de Catalunya 1931-2012: una història política*, Barcelona, La Campana, 2013.

<sup>25</sup> GUARIGLIA, 21-6-1933, 1805/1025, en *Primi passi...*, pp. 296-302.

que no teniendo significado preciso, ni finalidad, programa ni ideal político definible, servía en realidad para acoger bajo sus alas a todos los carreristas, los ambiciosos, los corruptos y los corruptibles de la vida política<sup>26</sup>.

El éxito de las derechas en las elecciones de noviembre de 1933 lo atribuyó en gran parte la reacción contra la política “demagógica y socializante” de Azaña. Las exageraciones de su política religiosa, no sólo a nivel legislativo sino en su concreción administrativa y local, habían sido el cemento más fuerte de la coalición de derechas y el voto de las mujeres el gran instrumento de la reacción católica. Lo cual le conducía a una reflexión sobre el fanatismo religioso español, en contraste con la serenidad italiana:

Para los españoles y especialmente para las mujeres la religión es una pasión que confina en la tragedia, también en la que se traduce en la persecución religiosa, la quema de conventos, etc. Violencias de amor y de odio que explican –en algunos aspectos– la Inquisición y el misticismo de los grandes Santos españoles y que son muy difícilmente comprensibles para un pueblo como el nuestro en el que, en el mismo período histórico del furor religioso español, pudo florecer el elegante escepticismo del Renacimiento<sup>27</sup>.

### *El fascismo italiano y la derecha española*

En sus memorias Guariglia afirmó haber asistido al bautismo del falangismo en una reunión celebrada en casa de Jiménez Caballero y se atribuyó el mérito de haber orientado hacia Italia a un José Antonio Primo de Rivera que inicialmente se habría interesado sobre todo por el nacional socialismo alemán, mientras que Mussolini habría adoptado hacia el falangismo y hacia José Antonio una actitud de superioridad irónica y casi despectiva<sup>28</sup>. Sin embargo, la rigurosa investigación de Ismael Saz ha desmentido tanto la inicial distancia de José Antonio hacia el fascismo italiano, pues siempre se sintió más cerca de éste que del nazismo, como la inicial displicencia de Mussolini<sup>29</sup>. Es por otra parte cierto que el embajador italiano siguió muy de cerca los primeros pasos del fascismo español. La reunión a la que alude en sus memorias tuvo lugar el 23 de febrero de 1933 y de ella informó Guariglia a Mussolini al día siguiente, mencionando la presencia de los directores de los periódicos más favorables al fascismo italiano (*La Nación*, *Informaciones y Época*), del diputado Alfonso García Valdecasas y de un periodista alemán. El director de *La Nación*, Manuel Delgado Barreto, le anunció la próxima publicación

<sup>26</sup> ASD, 4, GUARIGLIA, 15-9-1933, 2659/1472. Sobre Lerroux y sul Partido Radical véase TOWNSON, N.: *La República que no pudo ser*, Madrid, Taurus, 2002.

<sup>27</sup> ASD, 4, GUARIGLIA, 24-11-1933, 3504/1934.

<sup>28</sup> GUARIGLIA, R.: *Ricordi...*, p. 203. Sobre la política anticlerical republicana véanse ÁLVAREZ TARDÍO, M.: *Anticlericalismo y libertad de conciencia*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2002 y LÓPEZ VILLAVARDE, Á. L.: *El gorro frigio y la mitra frente a frente: construcción y diversidad territorial del conflicto político-religioso en la España republicana*, Barcelona, Rubeo, 2008.

<sup>29</sup> SAZ, I.: *Mussolini...*, pp. 117-118.

de un periódico se denominaría El Fascio. Otras fuentes sostienen que a esa reunión asistieron también José Antonio Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas y Ramiro Ledesma y que fue una de las reuniones preparatorias para el lanzamiento de *El Fascio*, primera aparición pública del fascismo español, que se saldó en un fiasco, pues la publicación cesó tras haber sido retirado por la policía el primer número<sup>30</sup>. Por otra parte, la reunión no hizo que Guariglia modificara su convencimiento de que la mayor parte de los partidos españoles que simpatizaban genéricamente con el fascismo no comprendían ni aceptaban todos sus principios<sup>31</sup>.

Siempre que podía, el embajador Guariglia trataba de estimular a los poco activos simpatizantes españoles del fascismo e indicarles la vía a seguir. En mayo de 1933 hizo en un informe a Roma el siguiente diagnóstico de la situación:

Me consta que la toma de posición inmediata de los socialistas y el Gobierno contra la publicación de *El Fascio* y en general contra la propaganda fascista ha desorientado un poco a los elementos directivos del movimiento, quienes en su mayoría son intelectuales poco combativos.

El señor Jiménez Caballero, tras la reacción gubernativa y policial contra el movimiento y su periódico, vino a verme muy desmoralizado, manifestándome el propósito de suspender por un tiempo su actividad.

Le dije que si los jóvenes fascistas españoles creían que su partido podía tener éxito sólo con artículos en periódicos y revistas, se equivocaban por completo. Un movimiento de ese tipo exige tenacidad y fe, impone sacrificios incluso de sangre, necesita de un espíritu preparado incluso para las luchas más ásperas. (...)

El naciente fascismo español tendría por tanto que actuar en dos sentidos:

1) para convencer a los partidos de derechas de que la solución de sus problemas puede lograrse sólo a través de una unión concorde dirigida a crear, sin condiciones previas de régimen ni de política religiosa, un Estado basado en el principio de autoridad.

2) para demostrar a los elementos conservadores y de orden la utilidad práctica de la organización fascista, trabajando eficazmente entre los elementos obreros y campesinos inscritos en sindicatos socialistas y comunistas, y prestando valientemente sus propios servicios en caso de huelgas u otros conflictos sociales.

Estos son los conceptos que voy repitiendo y desarrollando continuamente, como ya he informado a Su Excelencia, en las frecuentes ocasiones en que me encuentro en contacto con los simpatizantes del ideal fascista<sup>32</sup>.

Un grave obstáculo con el que se encontraba el movimiento fascista era la influencia lograda por las organizaciones católicas y por su diario *El Debate*, que si por el momento representaban la principal oposición al régimen republicano, en

<sup>30</sup> SAZ, I.: *Mussolini...*, p. 106.

<sup>31</sup> GUARIGLIA, 24-2-1933, 529/316, en *Primi passi...*, pp.263-268. Un interesante análisis de la actitud de la prensa española hacia el fascismo se encuentra en el informe anual de la embajada: ASD, 6, 20-3-34, 972/494, pp. 18-19.

<sup>32</sup> ASD, 5, GUARIGLIA, 12-5-1933, 1364/787.

el futuro podrían convertirse, según Guariglia, en un poderoso enemigo contra el que habrían de luchar los partidarios de una nueva España racional, moderna y nacional.<sup>33</sup> En ese sentido el éxito de José María Gil Robles y de la CEDA en las elecciones de noviembre de 1933 no era una buena noticia para el fascismo, respecto al cual el líder católico no tardó en marcar distancias. El encargado de negocios italiano se hizo por ejemplo eco, en febrero de 1934, de sus declaraciones al *Heraldo de Madrid*, “notorio órgano italófono y antifascista”, en las que afirmó la incompatibilidad del fascismo, creado por el ateo Mussolini, con el dogma católico<sup>34</sup>.

El nuevo partido de Falange Española, fundado públicamente el 29 de octubre de 1933, diez días después de que su líder José Antonio Primo de Rivera se entrevistara en Roma con Mussolini, evitó el término fascista en su denominación, pero su inspiración era indudable<sup>35</sup>. La diplomacia italiana le prestó mucha atención, como lo muestra el informe que el encargado de negocios Andrea Geisser Celesia di Vegliasco envió a Roma en febrero de 1934, tras entrevistarse con sus jóvenes diputados José Antonio Primo de Rivera y Francisco Moreno, marqués de la Eliseda. Le parecieron buenos oradores y animados de óptimas intenciones, pero inexpertos y demasiado expuestos a ser acusados de “señoritos”. Estaban dispuestos a efectuar represalias por cada ataque sufrido y de hecho a veces las hacían, pero a menudo mal y con retraso, por lo que les dio consejos inspirados en la práctica italiana de unos años antes. En opinión de Geisser sus deficiencias estaban en la escasa propaganda y reclutamiento en sectores obreros y campesinos, en la falta de jóvenes bien encuadrados y combativos y sobre todo en la falta de un programa claro y atractivo para las masas. A la superación de esas deficiencias se oponía la necesidad de no enfrentarse de los terratenientes, de los que requerían subvenciones, los cuales aspiraban a conservar sus tierras, sus privilegios y sus campesinos sometidos<sup>36</sup>.

No fue sin embargo Falange, sino algunos conspiradores monárquicos, quienes poco después recibieron de Italia la promesa de ayuda en armamento para una sublevación contra la República. El 31 de marzo de 1934 Mussolini recibió a Antonio Goicoechea, ex ministro de la Dictadura y líder de los monárquicos alfonsinos, al general Barrera, ex jefe del Estado Mayor del Ejército, y a los tradicionalistas Rafael Olazabal y Antonio Lizarza, que le fueron presentados por Italo Balbo, quien ya había jugado un papel clave en el suministro de armamento, luego no utilizado, para la sublevación de Sanjurjo. En aquellos momentos gobernaba el republicano centrista Lerroux, a quien Barrera y Goicoechea

<sup>33</sup> ASD, 4, GUARIGLIA, 22-8-1933, 2436/1341.

<sup>34</sup> ASD, 6, GEISSER, 22-2-1934, 680/352. *Heraldo de Madrid*, 21-II-1934.

<sup>35</sup> SAZ, I.: Mussolini..., p. 114.

<sup>36</sup> ASD, 6, GEISSER, 1-2-1934, 376/196.

consideraban una amenaza para su proyecto más grave que la de los anteriores gobiernos de izquierda, porque podía conducir a que la pequeña burguesía se amoldase al statu quo, mientras que el movimiento católico encabezado por Gil Robles había casi aceptado a la República. A Mussolini el acuerdo de alfonsinos y tradicionalistas sobre la restauración de la monarquía, que consideraba fundamental en España como en Italia, y el aplazamiento del problema dinástico, le parecieron apropiados. En la conversación quedó claro que Alfonso XIII estaba quemado y que su presumible heredero, el joven don Juan, suscitaba cierta desconfianza. Se acordó una ayuda financiera y un suministro de bombas de mano, fusiles y ametralladoras, que se depositarían en Trípoli, donde los activistas podrían entrenarse sin despertar sospechas, en espera de una sublevación que no llegaría a producirse<sup>37</sup>.

Simpatías hacia el fascismo se manifestaban también en un ámbito muy lejano al de los conspiradores monárquicos, el del independentismo catalán. Ese fue el caso sobre todo de Josep Dencás, diputado de Esquerra Republicana de Catalunya, líder de la milicia de los Escamots d'Estat Català, consejero de Gobernación de la Generalitat a partir de junio de 1934 y uno de los principales organizadores de la insurrección catalana de octubre de 1934. El 4 de julio de ese año mantuvo una reveladora conversación con el canciller del Consulado general de Italia en Barcelona, Alessandro Majeroni, quien se limitó a escuchar sus llamativas afirmaciones, de las que tomó buena nota:

El Dr. Dencás ha hablado en primer lugar de su entusiasta admiración por la ética del Fascismo cuyos principios sustanciales espera un día poner en práctica en Cataluña, aun confesando que quizá por mucho tiempo no podría siquiera pronunciar el nombre del Fascismo, que haría perder a la Esquerra el favor popular.

“Nosotros de la Esquerra –ha dicho– nos hemos encontrado con tener que forjar a un pueblo contrario por naturaleza no sólo a la guerra sino a cualquier forma de disciplina; no podíamos escoger, Hemos aprovechado los dos argumentos que podían darnos éxito político: el sentimiento nacionalista de los catalanes y el sentimiento llamado democrático. Pero, en confianza, podemos decir que el tiempo de la democracia ha pasado. Los Estados se deben hoy orientar hacia la extrema derecha o hacia la extrema izquierda. De todas formas sólo un Gobierno fuerte y que haga respetar decididamente su propia voluntad puede hoy subsistir y resistir a la crisis moral y económica del mundo.

La Esquerra ha obtenido hoy lo que quería, el poder, y no se orienta para nada hacia la extrema izquierda. De manera discreta, sin sacudidas, daremos marcha atrás. Haremos leyes sociales pero no socialistas. ¿Quién ha hecho más que el Fascismo por el proletariado? (...)

<sup>37</sup> Italianos y españoles redactaron diferentes actas de la reunión. Este texto se basa en la italiana, que se publicó por primera vez en GUARIGLIA, R.: *Primi passi...*, pp. 375-377. La española en SAZ, I.: *Mussolini...*, p. 72.

Cataluña vuelve a su historia, a sus tradiciones, a su civilización: civilización esencialmente romana. (...) España ha sido, es y será siempre apática, sarracena, vasalla. España sigue siendo un feudo francés. (...)

Entre nosotros y Francia la oposición es permanente. Ocupa una zona bella, florida y muy querida por nuestro corazón.<sup>38</sup> (...) ¿No le convendría a Italia la amistad catalana, la hospitalidad de nuestras costas, óptima base para submarinos? (...)

Pero hay que proceder lentamente; yo por mi parte encuadrando a las juventudes catalanas, disciplinándolas, militarizándolas sin que se den cuenta, porque necesito hombres, no ovejas. Usted no ignorará que soy el organizador de los Escamots, escuadras de acción de pura esencia fascista. Usted habrá visto que mi policía actúa ahora con decisión. Dentro de no mucho Cataluña no tendrá ni atracadores, ni pistoleros, ni mucho menos huelgas políticas<sup>39</sup>.

Al embajador Guariglia esto le confirmó en su optimismo acerca de las posibilidades que se le abrían a Italia en Cataluña. Incluso la izquierda catalana buscaban la amistad de Italia, a pesar de sus manifestaciones antifascistas para uso interno. Dos diputados de la Esquerra le habían hecho al embajador declaraciones semejantes a las de Dencàs<sup>40</sup>.

Aquel fue uno de los últimos informes que Guariglia envió desde Madrid, porque en el verano de 1934 una grave enfermedad de su esposa, que resultaría finalmente mortal, le llevó a desplazarse a Italia<sup>41</sup>. Durante muchos meses quedó al frente de la embajada el encargado de negocios, Andrea Geisser, quien mantuvo el contacto con Falange Española, a la que calificaba de fascistizante. En un informe del mes de septiembre explicó que esta había girado a la izquierda, lo que en términos españoles significaba que trataba de acercarse a las masas trabajadoras, al tiempo que los ambientes aristocráticos le negaban colaboración política y financiación. Por otra parte los obreros a los que Falange había tratado de dar trabajo en algunas empresas se habían visto rechazados y agredidos por los izquierdistas. A partir de la primavera se habían sucedido los choques entre rojos y fascistas, con víctimas en ambas partes. El marqués de la Eliseda, diputado falangista por Cádiz, le había expuesto un panorama muy optimista para su partido, cuyas escuadras de acción contarían ya con seis mil hombres, al tiempo que expresaba su resentimiento por la incompreensión de los monárquicos. Sin embargo, no todos en Falange estaban de acuerdo con el giro a la izquierda de Primo de Rivera y algunos eran favorables a que asumiera el liderazgo el ex aviador Ansaldo, exiliado

<sup>38</sup> Dencàs aludía al Rosellón.

<sup>39</sup> ASD, 6, Majeroni, 4-7-1934. Véase GONZÁLEZ I VILALTA: *Cataluña bajo vigilancia: el consulado italiano y el fascio de Barcelona (1930-1943)*, Valencia, PUV, 2009, pp. 141-144.

<sup>40</sup> GUARIGLIA, 24-7-1934, en *Primipassi...*, p. 394.

<sup>41</sup> GUARIGLIA, R.: *Ricordi...*, p. 210.

en Portugal, al que se atribuían algunas recientes represalias, sangrientas aunque no gloriosas según el diplomático italiano<sup>42</sup>.

Tras el fracaso de la insurrección de octubre, Geisser se mostró sorprendido por la escasa reacción que esta suscitó en la ciudadanía (entiéndase la ciudadanía conservadora) en contraste con lo ocurrido en Italia en los años de la posguerra. Sin embargo, algo parecía estar cambiando:

Muchos italianos y extranjeros que viven aquí desde hace mucho tiempo y conocen mejor que yo las posibilidades y los recursos morales de esta nación –que el filósofo Ortega y Gasset definió justamente invertebrada– me aseguran que en esta ocasión, por primera vez en los últimos años, la opinión pública ha dado señal de ‘una ejemplar reacción’ y, aunque fuese sólo por unos días, ha aprobado incondicionalmente la acción del gobierno. Los raros ejemplos de jóvenes que se han ofrecido a las autoridades y el regreso voluntario al servicio de los ex oficiales retirados serían por sí mismas y relativamente a la apatía innata de este pueblo muestras excepcionales de reacción<sup>43</sup>.

Respecto a Gil Robles, el gran líder de la derecha española en aquel momento, Geisser se mostraba escéptico, pues creía que era sobre todo un táctico, cuyas palabras no había que tomar demasiado en serio. El antifascismo del que últimamente hacía gala, lo mismo que su reciente republicanismo, no eran más que instrumentos de una maniobra para hacerse legalmente con el poder. De hecho le encantaría poder aplicar en España si no la ética, al menos la práctica fascista, pero no se atrevía a decirlo para no alienarse a alguno de sus partidarios<sup>44</sup>.

El programa de Falange, articulado en veintisiete puntos y dado conocer en noviembre de 1934, tampoco suscitó el entusiasmo del diplomático italiano, según el cual no tenía nada de nuevo ni de específicamente español, pues todas sus afirmaciones doctrinales se derivaban del fascismo italiano o del nacional-socialismo alemán. Su contenido social alejaría del fascismo español a muchos monárquicos y conservadores que hasta entonces lo veían con simpatía e interés, pero no creía que fuera a atraerle muchos partidarios entre las clases trabajadoras, que habrían requerido algo más sólido que un programa basado en afirmaciones ideológicas, muchas de las cuales les resultaban incomprensibles. Era el resultado de la mentalidad más filosófica que práctica de su joven jefe Primo de Rivera, que estaba perdiendo simpatías en la alta sociedad, a la que pertenecía por origen y que seguía frecuentando. En definitiva, el representante de la Italia fascista consideraba equivocada la línea del líder falangista, pero admitía su sinceridad:

El miedo que tiene a que le consideren demasiado ‘el hijo de su padre’ y en general ‘un señorito’, le empuja a declaraciones y posicionamientos de izquierda que, en un país como este, no pueden sino alienarle las simpatías no sólo

<sup>42</sup> ASD, 6, GEISSER, 7-9-1934, 2943/1511.

<sup>43</sup> ASD, 6, GEISSER, 17-10-1934, 3316/1717.

<sup>44</sup> ASD, 6, GEISSER, 23-1-1934, 3719/1894.

de la aristocracia (que a pesar de todo sigue siendo rica y bastante influyente) sino de esa parte de la burguesía que, no infectada por el germen masónico, ha visto mal la llegada de la República y sus trágicas consecuencias, económicas, políticas y sociales. (...)

Sin embargo se debe añadir que, a pesar de sus defectos, el movimiento de Falange Española continua y continuará siendo uno de los esfuerzos más sinceros y patrióticos que iluminan la política española<sup>45</sup>.

De hecho, poco después Falange sufrió una escisión por la derecha y uno de sus dos diputados, el marqués de la Eliseda la abandonó para unirse al Bloque Nacional de Calvo Sotelo. La ruptura con los monárquicos era completa. A Geisser le constaba que las defecciones no preocupaban a Primo de Rivera, quien creía que harían al partido más compacto y más puro. El diplomático italiano no sabía si la orientación de izquierda que predominaba en Falange sería o no un acierto para su futuro, pero por el momento creía que su situación era crítica y sus perspectivas muy oscuras<sup>46</sup>. En Italia, sin embargo, no dejaron de confiar en Primo de Rivera, quien en su viaje a Roma de abril de 1935 logró que le otorgaran una subvención mensual, decidida personalmente por Mussolini, por un monto superior al que percibían otros grupos fascistas europeos, que le permitirá compensar la pérdida de financiación por parte de los monárquicos<sup>47</sup>.

### *El embajador Pedrazzi y el Frente Popular*

El embajador Orazio Pedrazzi, nombrado en julio de 1935 en sustitución de Guariglia, tuvo ocasión de observar la política española en los tensos meses que precedieron al inicio de la guerra civil, uno de los períodos de interpretación más polémica de la historia contemporánea española<sup>48</sup>. Difícilmente se podría esperar que sus juicios, coloreados por su perspectiva fascista, fueran a ser objetivos, pero ello no les priva de interés. De entrada, interpretó la decisión del presidente Alcalá Zamora de optar por la disolución antes que entregar el gobierno a Gil Robles mediante el tópico de la influencia masónica, en este caso completamente infundado, al tiempo que asumía las críticas habituales en la derecha hacia la excesiva prudencia de Gil Robles:

El señor Alcalá Zamora, continuando con su decidida aunque peligrosa política personal —que durante el pasado régimen él mismo había criticado tantas veces en el Soberano—, en vez de dar el poder al Jefe del partido que cuenta con mayor número de diputados en las Cortes —la CEDA— ha preferido arriesgar la

<sup>45</sup> ASD, 6, GEISSER, 29-11-1934, 3777/1919.

<sup>46</sup> ASD, 6, GEISSER, 12-12-1934, 3954/22002.

<sup>47</sup> SAZ, I.; *Mussolini...*, pp. 138-145.

<sup>48</sup> Sobre los conflictos de la primavera de 1936 véanse CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006; VIÑAS, A. *et alii: Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013; RANZATO, G.: *El gran miedo de 1936*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014 y PAYNE, S.: *El camino al 18 de julio*, Barcelona, Espasa, 2016.



carta de las elecciones, que darán al futuro parlamento el carácter de Convención, al no ser posible, según la Constitución vigente, decretar nuevamente su disolución antes de haya transcurrido toda la legislatura.

Era de hecho lógico que, una vez descartada la posibilidad de un Jefe de Gobierno radical, tras los recientes escándalos que tanto han debilitado la cohesión del partido de Lerroux, el señor Gil Robles pidiera para sí ese puesto que le correspondería según los usos parlamentarios, y que para él reclamaban desde hacía mucho las vivaces y bien organizadas formaciones juveniles de Acción Popular (JAP). Puesto que él, a pesar de las repetidas críticas de los otros partidos de derechas, no había sabido o querido exigir –quizá equivocadamente– cuando la recientísima victoria electoral de 1933 le habría dado una mayor posibilidad. Entonces, quizá él mismo sorprendido por el éxito obtenido, no había creído que sus organizaciones estuvieran preparadas para asumir el poder: tuvo por ello miedo de quemarse demasiado pronto y prefirió la ‘táctica’, que tantas veces le ha sido criticada, de los sucesivos saltos hacia delante. Ahora, en el momento del salto final, se había encontrado solo con su partido frente al Primer Magistrado de la República, que entre tanto había tenido tiempo de provocar –con los dos escándalos por él queridos– la ruptura del partido radical (...), de liquidar las últimas consecuencias de las insurrecciones de octubre –que ya se empiezan a olvidar– y sobre todo a preparar, de acuerdo o mejor dicho a las órdenes de las organizaciones masónicas, las líneas directrices de marcha de las corrientes que le siguen, bien pocas en verdad y fuertes sobre todo porque él las apoya<sup>49</sup>.

En definitiva Pedrazzi estimaba que España estaba viviendo un experimento anacrónico. Con su flagrante gorro frigio era como una vieja soltera que se creía a la moda con un vestido nuevo cortado al estilo de medio siglo antes, en este caso en del de la Francia de los albores de la III República, una perspectiva inadecuada para una época en que habían aparecido los grandes movimientos políticos nuevos del bolchevismo y el fascismo<sup>50</sup>.

El fracaso de las derechas en las lecciones de 1936 lo atribuyó a su división, con un sector que no se resignaba a aparcar la cuestión de la monarquía, como habría sido lo conveniente, por lo que a falta de un programa positivo se habían limitado a presentarse como contrarrevolucionarias, cuando en realidad no lo eran, como lo habían demostrado al no tomar decididamente las riendas del gobierno e las dos ocasiones que se les habían presentado, primero con el éxito electoral de 1933 y luego con la reacción popular a las insurrecciones de octubre. Respecto a los factores del éxito de las izquierdas, destacó el atractivo de la exigencia de la amnistía en un país tan sentimental y monárquico como España, el apoyo de la CNT y el consabido, pero imaginario, oro de Moscú. Había llegado

<sup>49</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 17-12-1935, 4493/1723. Sobre Alcalá Zamora véanse GIL PECHARROMÁN, J.: *Niceto Alcalá Zamora: un liberal en la encrucijada*, Madrid, Síntesis, 2005 y PAYNE, S.: *Alcalá Zamora: el fracaso de la República conservadora*, Madrid, Gota a gota, 2016.

<sup>50</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 17-12-1935, 4493/1723.

el momento de Azaña, a quien todos reconocían una índole autoritaria y a la vez equilibrada y en quien la pacífica burguesía española volvía a confiar para contener la amenaza revolucionaria. Pedrazzi no sabía predecir si Azaña sería capaz de ello, pero advertía que no le sorprendería que, si “los socialistas comunizantes” en los que había tenido que apoyarse por motivos electorales, adoptaban posiciones extremistas, pudiera entenderse con las fuerzas de centro, e incluso algunas de derecha, quizá mediante un gobierno de Martínez Barrio. Aunque, apuntaba el embajador, también podría ocurrir que las extremas izquierdas le barrieran si lo intentaba<sup>51</sup>.

Las primeras medidas tomadas por Azaña tras formar gobierno confirmaron a juicio del embajador su carácter enérgico y autoritario. No lo había demostrado respecto al orden público, ya que según se decía había querido dejar que los extremistas se desfogaran quemando iglesias y desvalijando tiendas, pero sí mediante una serie de decretos leyes que demostraban la firme voluntad de poner en práctica el programa previsto. Falange Española, la única organización dispuesta a oponerse también con la violencia a los excesos de las izquierdas, con acciones episódicas que no respondían a un proyecto que pudiera dar frutos, había sido disuelta y sus líderes detenidos. A un mes de la formación del gobierno, la incógnita para Pedrazzi era si los socialistas iban a permitir que Azaña se consolidara en el poder<sup>52</sup>. Por otra parte, comenzaban a manifestarse indicios de una posible reacción militar, aunque el embajador no creía que fuera a producirse un golpe de Estado como el de Primo de Rivera, entre otras cosas porque los generales con autoridad para dirigirlo habían sido desplazados<sup>53</sup>.

A finales de abril, sin embargo, Pedrazzi destacaba las contradicciones y la debilidad del gobierno y los primeros síntomas de un recurso la fuerza por parte de los militares descontentos con la situación:

A pesar de las cualidades personales de su Jefe, el actual Gobierno –que no quiere renunciar a ser burgués pero que tampoco puede ni quiere ser decididamente antimarxista; que teme sobre todo que los socialistas le acusen de ‘moderado’, mientras que en el fondo desearía serlo; que por tanto se ve obligado a hacer ver que se preocupa exclusivamente de las intrigas de los partidos de derechas, mientras que las verdaderas preocupaciones se las dan los partidos de izquierdas- el actual Gobierno no dispone de fuerza propia en el país y por ello se ve obligado a soportar todos los chantajes que las organizaciones obreras o semiobreras han querido, quieren y querrán imponerle. (...)

Lo cierto es que, aunque Azaña lo haya negado vivazmente el Gobierno es por el momento más un espectador que un actor tanto frente a los desórdenes provocados por elementos de izquierda como respecto a los tímidos intentos

<sup>51</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 24-2-1936, 591/254.

<sup>52</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 24-3-1936, 871/383.

<sup>53</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 31-3-1936, 962/427.

de reacción que se encuentran en algún sector de extrema derecha y, en mayor medida, en los ambientes militares<sup>54</sup>.

Azaña le parecía a Pedrazzi el mejor dispuesto hacia la Italia fascista entre todos los líderes de la izquierda, debido a su relativa moderación, a su mayor amplitud de miras, a su menor sectarismo y a su energía de carácter, que hacía que incluso en ambientes de derecha se le considerara como el último recurso frente al deslizamiento hacia la extrema izquierda. Pero España se hallaba en un estado de semicrónica anarquía, debido sobre todo a que las fuerzas que se denominaban “proletarias” estaban constituyéndose en “un Estado dentro del Estado”<sup>55</sup>. En tales circunstancias, la elección de Azaña como presidente de la República aceleraría, al alejarle de la jefatura del Gobierno, el proceso de disgregación de la mayoría parlamentaria, que él había podido frenar con su autoridad personal, y que se debía no sólo a la discordia entre republicanos y socialistas, sino al enfrentamiento en las filas de estos últimos entre los moderados encabezados por Prieto y los bolchevizantes encabezados por Largo Caballero, quien había advertido de la proximidad del día en que los socialistas asumirían todo el poder, por las buenas o por las malas<sup>56</sup>.

Pedrazzi se hacía eco de la difusa sensación de que el período de desórdenes permanentes, de “semi-anarquía”, iniciado tras las elecciones de febrero iba a prolongarse, sin desembocar en un verdadero tentativo revolucionario. El Gobierno se mostraba impotente para frenar a los extremistas de izquierda, pero estos a su vez no se decidían a poner en práctica inmediatamente sus propósitos revolucionarios, por no considerarse preparados o por temor a desencadenar una reacción como la que siguió a la insurrección de octubre<sup>57</sup>. Un estado de casos que contribuía a que la solución fascista ganara adeptos:

Toda esta situación tenía que determinar alguna reacción de la parte sana del país, tanto de derecha como de izquierda; y hay que destacar un cierto afirmarse, por otra parte todavía muy vago, de orientaciones que aquí llaman ‘fascistas’ pero que no representan, por el momento, más que una indeterminada aspiración a salir del caos y una creciente convicción de que no será posible salir de él sin recurrir a medios extralegales. Tales orientaciones, que se notan un poco en todos los campos políticos, se concretan sobre todo en un creciente número de adhesiones a la hoy ilegalizada Falange Española, que ha iniciado la publicación de un boletín clandestino. En segundo lugar en afirmaciones filofascistas por parte de exponentes de partidos que, como Acción Popular, hasta ahora habían procurado marcar distancias respecto a nuestra doctrina: así Gil Robles, continuando la serie de sus camaleónicas manifestaciones, abandona en una entrevista concedida al *Diario Español*

<sup>54</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 21-4-1936, 3824 R.

<sup>55</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 5/5/1936, 4264 R.

<sup>56</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 12-5-1936, 4685 R.

<sup>57</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 27-5-1936, 1606/695.

de Buenos Aires los prejuicios que hasta ahora había sostenido respecto al Fascismo y declara que se puede ser católico y al mismo tiempo fervoroso fascista<sup>58</sup>.

Esto lo escribía Pedrazzi seis semanas antes de que se produjera el alzamiento militar y, al igual que sus escritos anteriores, revelaba escasa confianza en la capacidad de las derechas españolas para dar un vuelco a la situación mediante el recurso a la fuerza. Sin embargo Mussolini no dudó en comprometer, por tercera vez tras los precedentes del verano de 1932 y la primavera de 1934, un apoyo directo a los conspiradores antirrepublicanos mediante el suministro de armas. El 14 de junio de 1936 Antonio Goicoechea, que había estado presente en la entrevista con Mussolini de marzo de 1934, envió a Roma una petición de ayuda, en que explicaba como en España no era posible por el momento “la movilización de grandes masas civiles de choque”, en ausencia del factor que en otros países habían representado las agrupaciones de ex combatientes, por lo que habría de ser una organización formada en el seno del Ejército, “orientada políticamente en sentido antidemocrático y costeada por nosotros”, la que preparara un golpe de Estado, que llevaría a la presidencia al general Sanjurjo y cuyo rápido éxito exigiría una ayuda italiana de al menos un millón de pesetas<sup>59</sup>. Dos semanas después, el 1 de julio, otro conspirador, Pedro Sainz Rodríguez, firmaba en Roma cuatro contratos para el suministro de armas a quienes iban a sublevarse<sup>60</sup>. Era el prólogo de una masiva intervención italiana en la guerra civil española.

### *Conclusiones*

Los representantes de la Italia fascista, convencidos de la superioridad del régimen implantado en su país, nunca supusieron que una República parlamentaria pudiera ofrecer una respuesta válida a los problemas de España. Para ellos, como para muchos europeos y españoles de los años treinta, seducidos por el aparente éxito de las soluciones fascistas o comunistas, la democracia era una antigualla, equivalente a la lámpara de petróleo en la era de la electricidad, en palabras de Mussolini, o del traje pasado de moda que una vieja dama luce con satisfacción, en palabras del embajador Pedrazzi.

Lerroux, a quien inicialmente el embajador Durini definió como un republicano al que los años y las vicisitudes de la vida habían calmado, hasta convertirle en la gran esperanza de quienes deseaban una República de orden, fue pronto visto por el embajador Guariglia como la personificación de la corrupción parlamentaria. Azaña, por el contrario, fue estimado por los diplomáticos italianos

<sup>58</sup> ASD, 9, PEDRAZZI, 3-6-1936, 1691/734.

<sup>59</sup> Goicoechea, 14-6-1936, citado en SAZ, I.: *Mussolini...*, pp. 166-170.

<sup>60</sup> VIÑAS, A.: “La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil”, en A. Viñas *et alii*, *Los mitos...*, pp. 86-99.

como el político de más talla que tenía la República. Durini advirtió pronto en él cualidades poco comunes y tras el fracaso de la insurrección de Sanjurjo observó que había demostrado ser a la vez dúctil, tenaz, reflexivo y enérgico. El propio Mussolini admiró su firmeza en aquella ocasión y le encargó al embajador Guariglia que se lo hiciera saber. Este, sin embargo, trazó más adelante un balance negativo de la labor de Azaña durante los dos años que estuvo al frente del gobierno, pues las grandes esperanzas que había despertado como el único político con las cualidades necesarias para asentar el nuevo régimen republicano, se habían frustrado cuando, para mantenerse en el poder, se había ligado tanto a los socialistas como para convertirse en su esclavo. Cuando las elecciones de 1936 le dieron a Azaña una segunda oportunidad, el embajador Pedrazzi le presentó como un político a quien todos reconocían una índole autoritaria (un rasgo positivo desde la perspectiva fascista) y en el que muchos confiaban para contener la amenaza revolucionaria, aunque Pedrazzi no tardó en destacar la debilidad y las contradicciones de su gobierno, sometido al chantaje de las organizaciones obreras.

Respecto a las derechas españolas, los diplomáticos italianos se mostraron poco entusiastas y Guariglia fue especialmente crítico. No entendía que en España los intelectuales conservadores repudiaran en bloque la civilización moderna y no fueran conscientes de los graves problemas económicos y sociales a los que se enfrentaba el país. La admiración por el fascismo italiano que percibía en muchos sectores de derechas le parecía superficial, porque ni comprendían ni aceptaban sus principios, que no se limitaban a postular la creación de un Estado basado en el principio de autoridad, sino que implicaban una amplia movilización popular basada en un programa reformista atractivo para las masas. Incluso Falange Española, sin duda más próxima al genuino fascismo, presentaba limitaciones desde el punto de vista italiano. El encargado de negocios Geisser consideraba que las intenciones de sus líderes eran óptimas, pero que era inexpertos, resultaban inefectivos en la organización de la violencia, no realizaban apenas propaganda entre obreros y campesinos y sobre todo carecían de un programa atractivo para las masas, en parte debido a que buscaban el apoyo de unos terratenientes opuestos a cualquier reforma que pusiera fin al sometimiento de los campesinos. Incluso en vísperas de la guerra civil, Pedrazzi seguía considerando que las tendencias que en España se llamaban fascistas no representaban más que una inconcreta aspiración a salir del caos existente mediante el recurso a medios extralegales.

Durante su viaje a Barcelona a comienzos de 1933, Guariglia llegó a la conclusión de que allí, en el gran centro industrial y financiero español, era donde mayores simpatías despertaban entre la gente sensata Italia y su caudillo. Un año después, en vísperas de la insurrección de octubre, se produjo la notable conversación en la que el líder independentista y consejero de Gobernación Josep Dencàs expresó al canciller del Consulado italiano su admiración entusiasta por el fas-

cismo, algo que no sorprendió al embajador Guariglia, a quien dos diputados de Esquerra Republicana habían hecho declaraciones semejantes, aunque en público los líderes nacionalistas catalanes se proclamaran antifascistas.

En conjunto, la visión de España que se desprende de los informes diplomáticos italianos de aquellos años era negativa. Guariglia, que llegó a referirse a las pésimas cualidades del moderno carácter español, destacó la demagogia de las izquierdas, el oscurantismo de las derechas, el fanatismo religioso tradicional en el país, que contraponía al sano escepticismo de la cultura italiana, y el nuevo fanatismo antirreligioso de las quemadas de conventos.

Todo ello era significativo del convencimiento acerca del potencial modernizador del fascismo que entonces compartían muchos italianos, aunque luego se demostrara injustificado, pero ¿qué puede aportar a la interpretación de la historia española de los años treinta? Yo retendría sobre todo tres puntos. Argumentos acerca de la talla política de Azaña, al margen de sus concretos aciertos y errores, ciertamente no faltan, pero los testimonios aquí citados los refuerzan, por venir de unos observadores que no compartían su ideario político. Acerca de la proclividad fascista de Josep Dencàs, un personaje muy polémico en la historia del independentismo catalán, se ha discutido, pero el testimonio de su conversación con Majeroni es importante. Y, por último, cabe reconocer a los diplomáticos italianos como testigos cualificados acerca la inexistencia en España de una movilización popular como la que impulsó hacia el poder a Mussolini y a Hitler. El ejemplo fascista sirvió en España sobre todo para reforzar la deriva autoritaria de las derechas tradicionales y el cambio de régimen mediante el recurso a la violencia sólo fue posible a través de un levantamiento militar.